

de aquellos que rinden á Dios los homenajes públicos que le son debidos.

Lo he dicho ya; las almas católicas han recibido un soplo de vida y de valor que les viene directamente de nuestra buena Madre de la Misericordia. Los primeros grupos que se dirigían á los santuarios de María llevando la cruz en su pecho y en sus manos el santo rosario, provocaban la hilaridad de muchos; pero las oleadas de pasajeros que sin intimidarse á causa de las risas iban y venían sin cesar, pusieron coto á las injurias; que cesaron ya y no comenzarán de nuevo.

Los libre-pensadores no se ríen ya, sino que nos respetan, aun cuando sea mordiéndose los labios. Los católicos han acabado por preguntarse cuántos eran, y han visto que son millones; han arrastrado tras de sí á los vacilantes; los que eran ya fuertes han cobrado nuevo vigor, y hoy forman un ejército perfectamente organizado, compuesto de soldados decididos que creen y confiesan donde quieran lo que son y lo que valen. Unámonos con ellos.

No temamos, hermanos míos, porque con nosotros van la verdad, el derecho y la honra. Sólo el Evangelio puede salvar el mundo y las almas: pero confesándolo y proclamándolo. Esto será lo que hagamos todos nosotros con el favor de María. Así SEA.

Hermanos míos, no temamos por el tiempo. Tememos á la raza de los mártires y de los santos, en que estamos en las filas de los valientes y jamás tendremos miedo. El día de nuestra coronación, el obispo trazó en nuestras frentes el signo glorioso de la cruz, no lo olvidemos y guardémoslo con orgullo nuestra fe. Lo que nos pierde hoy, es que ya no hay fuerza moral y cada día desaparece más y más la energía que la sostiene. Es preciso que lechemos contra esta decadencia. Así lo exigen de nosotros la religión y la patria. Ponámonos no en el lado de los que se contentan con adorar á Dios en el santuario de su corazón ó en el de su familia, sino

MUERTE DE LA SANTISIMA VIRGEN

DIA VEINTINUEVE

ARTÍCULO I

LA SAGRADA ESCRITURA

Cum acceperit Deus animam meam, honorem habebis matri tuæ omnibus diebus vitæ ejus.

Tob., IV, 3.

Tibi dixit cor meum: Exquisivit te facies mea; faciem tuam, Domine, requiram.

Psal., XXVI, 13.

Laus mea tua es, Domine; diem hominis non desideravi.

Jerem., XVII, 16.

Nomen tuum et memoriale tuum in desiderio animæ. Anima mea desideravit te.

Isa., XXVI, 8.

Atteruati sunt oculi mei suspicientes in excelsum, Domine.

Isa., XXXVIII, 14.

Cunctis diebus quibus nunc milito, expecto donec veniat commutatio mea.

Job., XIV, 14.

Quis mihi det te, ut inveniam te foris, et jam me nemo despiciat?

Cant., VIII, 1.

Spes quæ differtur affligit animam; lignum vitæ, desiderium veniens.

Prov. XIII, 12.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est! multum incola fuit anima mea.

Psal., CXIX, 5.

Sitivit anima mea; quam multipliciter caro mea!

Id., XLI, 2.

Oculus meus afflictus est, nec tacuit, eo quod non esset requies, donec respiceret et videret Dominus de caelis.

Thren., III, 49.

Defecit anima mea in salutare tuum; et in verbum tuum supersperavi.

Psal., CXVIII, 81.

Defecerunt oculi mei in eloquium tuum dicentes: Quando consolaberis me?

Ibid., 82.

Nunc, Domine, secundum voluntatem tuam fac mecum, et præcipe in pace recipi spiritum meum; expedit enim mihi magis mori, quam vivere.

Tob., III, 6.

Educ de custodia animam meam, ad confitendum nomini tuo; me expectant justi donec retribuas mihi.

Psal., CXLI, 8.

Melior est misericordia tua super vitas; labia mea laudabunt te.

Id., LXII, 3.

Fortis est ut mors dilectio; aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem.

Cant., VIII, 6.

Adjuro vos filiæ Jerusalem, ut nuntietis dilecto meo quia amore languo.

Id., V, 3.

Ego dormio et cor meum vigilat: vox dilecti mei pulsantis. Surrexi ut aperirent dilecto meo.

Ibid., 2.

Unam petii, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vitæ meæ.

Psal., XXVI, 6.

Concupiscit et deficit anima mea in atriâ Domini. Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.

Id., LXXXIII, 1.

ARTÍCULO II

LOS PADRES

I. Hijo mío, en tus manos encomiendo mi espíritu. Dale buena acogida, porque si te es grata mi alma y no tiene mancha alguna, á tí te lo debo. A tí entrego mi cuerpo y no á la tierra. Preserva de la corrupción esta morada que tú mismo te dignaste elegir y á la que comunicaste con tu nacimiento un principio eterno de incorruptibilidad. Sé tú mismo, Hijo mío, el consolador de mis amados hijos á quienes te complaces en llamar hermanos tuyos; y á la bendición que yo les doy imponiéndoles las manos, dignate añadir nuevas y abundantes bendiciones. (*J. Damasc. in Dormit. B. M. V.*)

II. Levantando las manos, como tenemos el derecho de creerlo, hizo bajar del cielo sobre los apóstoles reunidos alrededor de su lecho, las gracias más abundantes. Terminada su última oración, murmuró una voz misteriosa: «Ven á tu eterno descanso, oh Madre bendita; levántate y ven, oh tú que eres la amiga de mi corazón, la más hermosa de las mujeres. El invierno pasó ya y comienza

la primavera, Ven, oh hermosa mía y amada mía. No hay en tí mancha alguna. Los olores que tú esparces, más gratos me son que todos los perfumes.» Y al oír estas palabras, María depositó su alma en las manos de su Hijo. (*Id. Ibid.*)

III. Los ángeles cantaban los himnos que para esta circunstancia compusieron; los apóstoles y los Padres á quien Dios inspiró, entonaban cánticos de acción de gracias que el cielo aplaudía..... Entonces el arca del Señor bajó de la montaña de Sión en hombros de los apóstoles más venerables, como si fuese á tomar posesión de un templo ó á recibir homenajes. Y pasó por enmedio de Jerusalén como una nueva esposa adornada para el esposo á quien va á recibir. Así fué como llegó al valle de Gethsemaní precedida por legiones invisibles de ángeles y de todos los miembros de la Iglesia naciente. (*Id. Ibid.*)

IV. Y así como el rey Salomón para hacer colocar el arca en el templo del Señor, que él mismo había hecho construir, reunió á todos los sacerdotes en la montaña de Sión para quitar el arca del testamento de la ciudad de David que estaba en la misma montaña de Sión; así también en esta circunstancia, para transportar el nuevo tabernáculo, animado poco antes, en el que había habitado el Verbo de Dios, el nuevo Salomón, que es el verdadero príncipe de la paz y el criador de todas las cosas, llamó á todas las almas escogidas á las primicias del Nuevo Testamento, es decir, á los apóstoles, que se presentaron con todos los discípulos que estaban en Jerusalén. El santo cuerpo fué trasladado por los apóstoles al sepulcro preparado en Gethsemaní, donde comenzaron los cánticos y los himnos sagrados y los testimonios de amor y veneración, y donde se derramaron abundantes lágrimas. De este modo fueron depositados en el sepulcro los santos despojos de nuestra Madre. (*Id. Ibid.*)

ARTÍCULO III

PLAN Y ASUNTO

De ninguna manera y por ningún motivo lleguemos á creer que al sufrir la ley común de la muerte la sufrió María como los demás mortales. Todo en María fué sobrenatural. Un milagro le dió á Jesús y otro milagro debió devolvérselo; así también su vida, que estuvo llena de maravillas, terminar debía de una manera divina. ¿Cuál será el principio de esta muerte admirable y sobrenatural? El amor divino. Estudiemos este amor extraordinario y veamos su naturaleza, su causa, sus trasportes y los sufrimientos que ocasiona.

I. La muerte, que es para los hombres una causa de terror, fué para María un motivo de alegría.

El desterrado que suspira lejos de la patria y el prisionero que desea romper las cadenas que le sujetan, ó en una palabra, todos los que desean, todos los que suspiran por algo que esperan con afán, no hacen sino presentarnos una débil imagen de lo que pasaba en el corazón de María al acercarse el último instante de su destierro.

II. La muerte, que es para el hombre un dolor, fué un consuelo para María.

Lo que hace odiosa la muerte para el hombre, es el cúmulo de enfermedades y padecimientos que generalmente la acompañan. No sucedió lo mismo con María. De su cuerpo salió sin dolor la vida por excelencia, y la muerte debió entrar en él sin dolor también. María se apagó como una llama sagrada, arrastrada por un ímpetu del amor divino que la consumía.

III. La muerte es para el hombre una separación; para María fué una unión.

Morir es separarse de cuanto se ha amado en la tierra, parientes, amigos, riquezas, placeres y honores.

Para María, fué el último lazo que la separaba de su Hijo amado; era el velo que la ocultaba á sus ojos. Rompióse el lazo, y el velo se rasgó. Cuántas veces exclamó: *Cupio dissolvi et esse cum Christo!*

ARTÍCULO IV

Extractos y pensamientos diversos

I. Llegó por fin este día hermoso y deseado, día en que le plugo al Señor llamarla de este destierro, día en que según se cuenta, se le apareció el Arcángel Gabriel cuando ella estaba en oración y arrasados los ojos de lágrimas, y le dijo: "Regocijaos, porque vuestra oración ha sido oída y se satisfarán vuestros deseos. Pronto vais á ser coronada según vuestros méritos y os glorificarán todas las glorias del paraíso." ¡Cuán grande fué su alegría al oír esta noticia, y cómo debió regocijarse por segunda vez su espíritu en Dios su Salvador!

Los apóstoles se juntaron de todas partes, y la rodearon juntamente con los otros santos que se hallaban en Jerusalén con el fin de asistirle; y mientras ellos estaban en oración, como nos lo relata San Dionisio, María, de rodillas y con los ojos fijos en el cielo, sin calentura, sin agitación, sin pesadumbre, sin dolor, ¡qué digo! con una alegría santa é inexplicables trasportes, entregó su alma hermosa y santísima en manos de su Hijo. La tumba recibió sólo por muy corto tiempo su cuerpo, porque no era digna la tierra de poseer un tesoro semejante. No era conveniente que el santuario en que había nacido un Dios, se viese reducido á cenizas, y que se corrompiese una carne sin mancha.—(*Santo Tomás de Villanueva, sermón cuarto de la Asunción de la Santísima Virgen*).

II. Si el grande apóstol San Pedro deseó romper las ataduras de su cuerpo para ir en busca de su Maestro que estaba á la derecha de su Padre, ¿cuál no sería la emoción de la sangre maternal? La ausencia del joven Tobías, que no duró más que un año, llenó de amargura el corazón de su madre. ¡Qué diferencia entre Jesús y Tobías! Y ¡qué sentimiento tan inmenso debía ser el de la Virgen viéndose separada por tanto tiempo de su Hijo único! Cuando veía morir á alguno de los fieles de este mundo, como por ejemplo á San Esteban y otros, exclamaba: Oh Hijo mío, ¡qué es lo que me reservas para lo futuro y por qué dejas que sea yo la última? El viejo Simeón, después de haberte abrazado no deseó otra cosa sino dejar esta vida; tan grato así es gozar de tu presencia aun cuando sea por un sólo momento. ¿No me será permitido por lo tanto el deseo de morir pron-

to para abrazarte en el santo trono de tu gloria? Deja que obre mi amor, que separará desde luego mi alma de este cuerpo mortal para llevarme junto á ti, para quien sólo vivo.

Si queréis creerme, almas piadosas, no os fatiguéis en indagar las causas de su muerte, que son las que acabo de explicaros. Este amor tan ardiente, tan fuerte y tan inflamado no la hizo exhalar ni un suspiro que no rompiera los lazos de su cuerpo mortal, ni dirigir un solo voto al cielo que no debiese llevar consigo el alma de María. Dije antes que la muerte de María fué milagrosa, pero ahora os digo que no fué su muerte un milagro, sino que fué más bien la cesación de él: el gran milagro estriba en que hubiese podido vivir María separada de su amado.—(*Bossuet, sermón primero sobre la Asunción de la Santísima Virgen*).

III. Escucha, hija mía: después que mi Hijo subió al cielo, viví en el mundo quince años, y además el tiempo que cuenta desde el día de la Ascensión al de mi muerte.

Un día que mis deseos de llegar donde está mi Hijo, eran más grandes que de costumbre; ví un ángel brillante como los que había visto antes y me dijo: "Vuestro Hijo que es nuestro Dios y Señor nuestro, me envía para anunciaros que ha llegado el momento de que os juntéis con él en cuerpo y alma, para que recibáis la corona que os ha sido preparada." Yo le respondí: ¿Conocéis el día y la hora de mi próxima salida de este mundo? Y el ángel me dijo: Los amigos de vuestro Hijo vendrán á sepultar vuestro cuerpo. Dicho esto, el ángel desapareció. Y me preparé para dejar esta tierra, visitando, según mi costumbre, todos los lugares en que mi Hijo padeció.

Un día que mi espíritu estaba arrobado en la contemplación de la caridad divina, mi alma se sintió repentinamente inundada de un gozo tan inefable que no podía dominarse, y ese éxtasis rompió sus lazos corporales. No puedes comprender las maravillas que ví y los honores que recibí del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ni las legiones de ángeles que acompañaron mi alma en su triunfo. No es posible que te formes una justa idea de todo esto, ni quiero explicártelo antes de que tu alma se haya separado de tu cuerpo, aunque algo te he dicho ya en la oración cotidiana que mi Hijo te ha inspirado. Los que me rodeaban cuando entregué mi espíritu, comprendieron por la luz extraordinaria que inundaba la casa, las cosas maravillosas que por mí se obraban. Los amigos de mi Hijo, milagrosamente enviados á mi lado, sepultaron mi cuerpo en el valle de Josafat, y se les unieron multitud de espíritus celestes, y los demonios no se atrevieron á acercarse. Mi cuerpo permaneció sepultado quince días y luego subió al cielo acompañado de muchos ángeles.—(*Santa Brígida, Revel., lib. VI, cap. LXII*).

IV. San Juan Damasceno cuenta que el mismo Jesús dió la comunión en Viático á María, diciéndole: "Tomad, madre mía, recibid de mis manos el mismo cuerpo que me disteis." María, después de recibir con más amor que nunca esta última comunión, le dijo exhalando el último suspiro: "Hijo mío, en vuestras manos encomiendo mi espíritu. Os recomiendo esta alma que por vuestra bondad infinita creásteis y llenásteis de gra-

cias desde el principio y preservásteis de todo pecado por un privilegio único. Os recomiendo mi cuerpo, en el que os dignásteis tomar vuestro cuerpo y vuestra sangre. Os recomiendo también á mis queridos hijos, agregó señalando á los discípulos que estaban allí presentes. Mi separación les aflige: consoladles vos que les amais más de lo que yo les he amado todavía; bendecidles y dadles fuerzas para que obren grandes cosas para vuestra gloria.—(*San Ligorio, sermón sobre la Asunción*).

V. Jamás ha habido una muerte tan preciosa á los ojos de Dios como la de la Virgen, porque nunca hubo una vida tan llena de méritos como la suya. Saquemos la consecuencia de este principio. Puesto que convenimos en que una muerte sabiamente precedida de una vida buena, es el camino más recto y más seguro para llegar al puerto de salud; concluyamos de aquí que todos nuestros esfuerzos han de dirigirse á atesorar méritos que han de santificar según Dios nuestra muerte y hacerla dichosa.

No sólo fué la muerte de la Santísima Virgen preciosa ante Dios por los méritos que la precedieron, sino por las gracias y los favores divinos que la acompañaron. Una de las gracias fué que la Virgen no sintió al morir los dolores de la muerte, que los componen el temor y la pesadumbre que sentimos al acercarse la muerte. En ella se cumplieron las palabras de la Escritura: «Las almas justas están en las manos de Dios y no les tocará tormento de muerte.» Esta gracia fué concedida á María porque era justa por excelencia y porque estaba enteramente desprendida de las cosas de la tierra.

Pero lo que sobre todo hizo preciosa la muerte de María ante Dios, fué la disposición de espíritu y de cuerpo con que la recibió. Disposición de espíritu: vió la muerte con los ojos puros de la fe, es decir, como el cumplimiento de sus deseos, como el medio para reunirse con su Hijo y con su Dios, cuya separación lloraba tanto tiempo hacía. Considerando así la muerte, la deseó con todos los ardores de la caridad más ferviente, y deseó más vehementemente que San Pablo «desprenderse de los lazos del cuerpo para vivir con Jesucristo,» porque estas palabras del Apóstol jamás convinieron á nadie como á María.

Así deberían morir todos los cristianos; pero con vergüenza de la verdadera religión, la mayor parte mueren como paganos que no tienen ni fe ni esperanza, ó como hombres en quienes la esperanza de los bienes eternos se ha debilitado de tal modo, que la ha sofocado completamente el amor de los bienes visibles y presentes. Desórden es éste que deploramos todos los días, y del cual tal vez nosotros mismos no sabemos salvarnos. Hagámonos el ánimo desde ahora de disponernos con frecuentes deseos para esa santa muerte por la que suspiraron los justos y los amigos de Dios, y no con los labios, sino con el corazón, digamos todos los días á Dios: «Vénganos tu reino,» porque sólo la muerte puede llevarnos al reino de Dios. Mas seremos incapaces de dirigir á Dios esta súplica si no vemos la muerte como la vió la madre de Dios.—(*Bourdalone, octava de la Asunción*).

VI. Sea cual fuere la muerte que nos toca, lleva siempre consigo un largo cortejo de pesares y luto; y sin embargo, ninguna ha sido tan dolo-

rosa como la de Jesucristo. ¿Sucedió lo mismo con la de su madre? Todos los autores están de acuerdo en la creencia de que María sobrevivió á Jesús por milagro, porque al parecer era natural que expirara de dolor al pie de la cruz; y en que su muerte fué más bien la suspensión de este milagro de conservación que la continuación de una enfermedad ó de la disolución producida por la debilidad de los años. Aceptemos sin titubear esta interpretación de un hecho que es bajo todos los títulos digno de nuestras piadosas meditaciones.

Muchas veces se preguntan los fieles por qué moriría María puesto que estaba exenta del pecado original, que fué la causa de nuestra condenación. ¿No hubiera sido más digno de Jesús evitar á su madre la muerte y llevársela viva y en triunfo en presencia de sus discípulos, para coronarla inmediatamente en su cuerpo y en su alma? Los que así racionan, ni han comprendido á Dios, ni al Calvario, ni los tiernos designios que abraza la Providencia en favor de los hombres. María debía pagar su tributo á la muerte como todos. Debía pagarlo por Dios, por ella y por nosotros.

María ofreció en holocausto en el Calvario al Padre celestial, no sólo á su divino Hijo, sino á sí misma. En el holocausto nada se conservaba de la víctima; todo lo consumía el fuego en honor del Altísimo. Habiendo aceptado Dios el sacrificio de Jesús, preciso era que Jesús muriera para salvar el mundo, aunque hubiera podido rescatarle á un precio infinitamente menor; así como también María, habiéndose ofrecido en su amor por los hombres en holocausto con su Hijo, y habiendo aceptado Dios esta generosa disposición de su corazón, debía morir para contraer todo el mérito del sacrificio. Hubo pues, una exacta justicia por parte del Creador al querer que pagase María una deuda contraída voluntariamente, deuda de sangre, no derramada en la cruz ó bajo el filo de la espada, sino de una sangre que, helándose en sus venas, detuvo el curso de la vida corporal. Pudo, por lo tanto, decir con el Apóstol y con más razón que el Apóstol: «Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo.» (Coloss., I, 24).

Para María y para el complemento de su virtud, era conveniente que muriese. La muerte es generalmente la más cruel de todas las pruebas de esta tierra, no sólo por los dolores que la preparan, sino muy especialmente por las renunciaciones que debemos hacer. La muerte nos separa de todo, rompe todos los lazos de la vida, es decir, los del corazón y los del cuerpo. Por esto la sumisa aceptación de la muerte, ya obligada por la naturaleza, ya aceptada por el martirio, es, en grados diversos, la prueba más grande de amor que puede dar la criatura á su Criador. «Puesto que agrada á Dios, consiento voluntariamente en que se apaguen mis ojos, en que se seque mi lengua, en que se paralicen mis pies y mis manos, en que mi corazón deje de latir, y en que se destruya mi cuerpo y echen sus restos en el sepulcro, para que hechos insensibles sean pasto de los gusanos. Consiento en dejarlo todo y en que todo me abandone. Adiós, oh bella naturaleza que tanto amé, muerdo contento de Dios.» Esta es la abnegación más sublime y elevada, hasta cuando se esté en la flor de la edad,

¿Cómo hubiera podido el cielo privar á la Santísima Virgen de la oportunidad de ejercer un acto semejante de verdad? Después de haber apurado el cáliz de la amargura, ¿por qué no debió beber el bálsamo que quedaba en el fondo del vaso?

Cierto es que el amor era su única pasión y que su más ardiente anhelo era reunirse con Jesucristo. No veía en la muerte más que el cumplimiento de sus más gratos deseos. Cierto es también que no debía renunciar ni á los honores ni á los goces del bienestar que procura la fortuna. Cierto es también que, satisfecho de los profundos dolores de su alma, no la visitó en esa hora suprema con los sufrimientos que preparan de antemano y acompañan la agonía. Pero preciso era que se separase de Juan, el tierno hijo de su vejez, y que se perdiese para el amor de toda esa familia cristiana, deshaciéndose en lágrimas todos ellos al considerar que la perdían para siempre. Esta era la última herida que se dirigía al corazón de las más tiernas de las madres; tal fué el último dolor de esta vida cuya grandeza sobrenatural hubiera quedado sin esto sin terminar grandes cosas. La muerte fué su última victoria y su corona postrera.

Conveniamos que muriese María. El Calvario nos da motivos poderosísimos para que meditemos su muerte y la imitemos en nuestros últimos instantes. ¿Qué muerte tan gloriosa, y cuánta calma en medio de tantos sufrimientos! ¿Cuán serena murió en medio del oprobio y de las humillaciones! Rogó tiernamente por sus perseguidores y verdugos. Su muerte fué sin igual, pues fué como la de un Dios que era dueño de sí mismo y que entregó la vida como una carga que aceptó libremente y cuyo peso soportó con voluntad, rodeando su cruz con todas las grandezas y todos los prodigios que atestiguan su divinidad. Necesitábamos un modelo que se aproximara más á nosotros y que se hallase en las condiciones de nuestra naturaleza y de las necesidades que sufrió. María no escogió ni el día ni el lugar de su muerte, ni las circunstancias que debían acompañarla. Oscura y sin brillo fué de modo que se ignoran los pormenores de ella. La Iglesia se conforma con decir, y lo mismo debemos decir nosotros, que María nos enseñó con su bienaventurada muerte, el difícil arte de morir, no sólo con resignación, sino con alegría. No preguntemos, pues, por qué á pesar de su absoluta inocencia murió María. Pidamos más bien á Dios que nos enseñe á morir como ella en la paz del Señor.— (*Monseñor Pavy, obispo de Argel, Mes de María*).

ARTÍCULO V

PLÁTICA XXIX

NUESTRA SEÑORA DEL PUERTO

¿Sabéis, hermanos míos, por qué luchamos los católicos contra las influencias enemigas de nuestra fe y particularmente contra el respeto humano de que hablamos ayer? Porque somos amigos de la verdad, porque amamos la verdad y deseamos verla triunfar sobre todo, porque sólo ella puede llevar las almas á su verdadero fin, que es la inmortalidad bienaventurada. Claro es que si nuestros destinos debieran encerrarse en los estrechos límites de la vida presente, ningún objeto tendrían nuestros combates contra las pasiones. La razón, la cordura y la naturaleza, todo nos aconsejaría que viviésemos bien y siguiésemos la senda que nos trazara el mundo, en cuyos placeres y recreos deberíamos tomar parte. No cabe duda que es cómodo hacer lo que hacen los demás, ó cuando menos aprobar todo lo que hacen, porque esto no da nunca lugar á disputas.

Pero ¿será verdad que el hombre, criatura tan grande que ve perderse sus pensamientos y aspiraciones en las profundidades del infinito, está encerrado en los estrechos límites de su mísera existencia de unos cuantos años? Su historia, que comienza el día en que nace, ¿terminará al llenar la última página del libro de su vida, es decir, al dar el último suspiro? Sólo los orgullosos y enfermos del espíritu podrán sentar un problema semejante. Luengos años hace que nosotros los católicos hemos resuelto esta cuestión. Vergüenza nos daría terminar nuestras pláticas sin hablaros de nuestra inmortalidad.